

LOS PASOS DE GLORIA

BILL E.

Escucha,

Lo único que siento ahora es no haber sido yo quien te compusiera. Supongo que eso no cambiaría nada, pero fue Scott quien lo hizo y eso ahora te hace intocable.

En cuanto Scott empezó a acariciar las cuerdas del bajo y Paul a frotar los platillos, yo sabía que sólo tenía que deslizar mis dedos sobre las teclas y tú aparecerías. De alguna manera, me resistía. Te quería sólo para mí, aunque sabía muy bien que tú nos pertenecías a los tres y que sólo lo harías con los tres. Miré por el rabillo del ojo a Scott. Tenía los ojos cerrados y sus labios te musitaban, como se musita a una diosa. Paul es más frío, necesitaba pensarte. Él era, después de todo, quien tenía que contenernos.

Te golpeé suavemente para que te desperezaras, una, dos, tres veces, teniendo que contenerme para que mis dedos no se propasaran, reprimiendo mis labios y forzando mi boca para que se limitara a articularte sin voz. Ya ves, qué tontería, necesitaba cantarte. Es así como funciona. Los tres necesitábamos cantarte, pero sabíamos que sólo tenía sentido hacerlo para nosotros mismos, que nadie te oiría jamás distorsionada por nuestras voces oscuras, emborrachadas. Tú estarás hecha para siempre sólo de las notas que Scott garabateó en el pentagrama, de las que luego vertimos los tres generosamente en cada ensayo, del timbre de nuestros instrumentos atrapado en la banda magnética.

Pasados los primeros compases, los tres nos dejamos ir. Tú jugabas con nosotros mientras te íbamos dando forma. Como se da forma a la belleza, con dolor, apretando los ojos, garabateando sobre el lienzo rugoso del swing, con las sucesivas pinceladas de nuestras notas negras embadurnándote, con los besos obsesivos de las corcheas y la caricia de las fusas deslizándose donde no llega la vista, haciéndote palpitar. Pasabas entre nosotros sin tocarnos, inspirando con tu aliento nuestras pulsaciones. De alguna manera, te dabas forma a ti misma, nos usabas para que te diéramos vida, pero tú ya existías. Únicamente te manifestabas, te dejabas descubrir y luego, poco a poco, dejabas que te pensásemos, que te tocásemos, te recitásemos y te acariciásemos, que te pulsáramos y te golpeáramos ya sin freno, sin pudor, completamente desnudos. Hasta que ya no nos quedaba nada dentro, vacíos. Y entonces desaparecías. Eras nuestra.

Fuiste nuestra varias veces aquella tarde, y la siguiente, y la otra. Lo repetimos hasta que no quedó el menor rastro de duda. Eras tú. No una cualquiera. Siempre la misma, irrepetible. Daría cualquier cosa por volver a una sola de aquellas tardes, a cualquiera de aquellos instantes en que estuviste presente, solo un instante.

Desde que Scott se marchó sé que persigo una sombra. Una y otra vez, siempre, en cada calle, en cada acera, en cada una de las habitaciones en las que he malgastado el resto de mi vida, en la botella de bourbon, en el humo del cigarrillo, en el polvo blanco que me consume.

Sólo quiero volverte a tocar.

Bill E.